

TENTACIONES.

¿Por qué ha permitido Jesucristo que el demonio le tentase?

Jesús, dice el evangelista S. Mateo, fué conducido por el Espíritu al desierto, para que el demonio le tentase: *Jesus ductus est a Spiritu (Sancto) in desertum, ut tentaretur a diabolo.* (IV. 1).

Quiso Jesucristo ser tentado: 1.º para enseñarnos a resistir á las tentaciones, y convencernos de que hemos de ser experimentados para salvarnos...; 2.º para enseñarnos que la tentacion no es un pecado...; 3.º para probarnos que con la gracia se pueden vencer todas las tentaciones...; 4.º para manifestarnos que es nuestro hermano...; 5.º para patentizarnos que ha cargado con nuestras miserias...; 6.º para decirnos que hemos de prepararnos á todas las tentaciones y esperarlas...; 7.º Quiso ser tentado para vencer al demonio...

Jesucristo ha sido tentado, dice S. Agustín, para que el cristiano no fuese vencido por el tentador, y vencedor Jesucristo, fuésemos nosotros tambien vencedores: *Ideo tentatus est Christus, ne vincatur a tentatore Christianus; ut illo vicente, nos quoque vinceamus.* (In Psal. XC).

Los Santos no están exentos de tentaciones; sin están más tentados que los otros.

Se ha dado á mi carne un aguijón, el ángel de Satanás, que me aboletea, dice el Gran Apóstol: *Datus mihi stimulus carnis, angelus Satanæ qui me colaphizet.* (II. Cor. XII. 7). Y exclamaba: ¡Qué desgraciado soy! ¡Quién me librará de este cuerpo de muerte? *In felix ego homo, quis me liberabit de corpore mortis hujus?* (Rom. VII. 24). Veo en mis miembros otra ley que combate la ley de mi espíritu, y me cautiva bajo la ley del pecado, que está en mis miembros. (Rom. VII. 23).

Los justos son tentados como los demás hombres, dice la Sabiduría: *Testigii justos tentatio,* (XVIII. 20). No son los buques vacíos los que temen á los piratas, dice S. Crisóstomo, sino los que están cargados de oro, de plata y de piedras preciosas: de la misma manera el demonio no atormenta fácilmente al pecador, sino más bien al justo, en quien se hallan grandes riquezas en virtudes y en méritos (1).

Cuando adelantamos en virtud, dice S. Gregorio, los espíritus malos siempre llenos de cruel envidia contra los que practican el bien, tratan de tentarnos más: *Cum aliorum vita proficimus, maligni spiritus, qui semper bene agentibus invident; nobis infestiores sunt.* (Lib. XXIX. Moral.)

A medida que el ardor de obrar bien aumenta, dice el venerable Beda, el deseo furioso de enfiarnos é impedirnos practicar la virtud crece en los espíritus inmundos; no cesan de prepararnos emboscadas por todas partes. (In lib. I. Reg.)

(1) Sicut navigia vacua non metuunt piratas, sed onusta auro, argento, et lapidibus pretiosis; sic et diabolus non facile persequitur peccatorem, sed justum potius, ubi multe sunt opes, id est, virtutes et merita. (Homil. IV. in Isai.)

Así el Espíritu Santo advierte á las almas fieles que se precavan contra los ataques de los espíritus malignos. Hijo mio, así que queráis servir al Señor, permaneced en la justicia y en el temor, y preparad vuestra alma á la tentacion: *Fili, accedens ad servitum Dei, sta in justitia et timore, et prepara animam tuam ad tentationem.* (Eccli. II. 1).

San Hilario de Poitiers nos dice: Los demonios tientan más á los Santos, porque su triunfo es extraordinario, si pueden vencerlos: *In sanctificatis nobis maxime diaboli tentamenta grassantur; victoria ei est magis exoptata in Sanctis.* (In c. IV. Matth.)

Eutemo añade: Allí donde el demonio, que es un ladrón, ve riquezas espirituales, allí dirige su ejército y sus armas: *Ubi divitias videt, ibi aciem ex aduerso instruit.* (In c. VI. Matth.)

Por esto compara S. Crisóstomo los demonios á los piratas que se lanzan con una audacia y un furor tanto mayores, cuanto más cargado va el buque que acometen. (Homil. XXXI. in Genes.)

Comprendamos bien, dice S. Leon, que cuanto más nos dediquemos á nuestra salvacion, con mayor impetuosidad se arrojarán sobre nosotros nuestros adversarios: *Intelligamus quanto studiosiores pro nostra salute fuerimus, tanto nos vehementius ab adversariis impetendos.* (Serm. I. de Quadrag.)

Jamás cesan las pruebas de la persecucion mientras se practica la piedad, añade el mismo Santo: *Numquam desit tribulatio persecutionis, si nunquam desit observantia pietatis.* (Serm. IX. de Quadrag.)

Ya lo predijo Jesucristo: Sereis odiados por todos los hombres á causa de mi nombre: *Odi eritis omnibus gentibus propter nomen meum.* (Matth. XXIV. 9). Si el mundo os aborrece, sabed que me ha aborrecido primero. Si hubieseis sido del mundo, el mundo amaría lo que es suyo; pero, porque no sois del mundo y os he escogido de en medio del mundo, por esto os aborrece el mundo. Acordaos de la palabra que os he dicho: El siervo no es mayor que el amo. Si me han perseguido, os perseguirán tambien. (Joan. XV. 18-20). Sereis oprimidos en el mundo: *In mundo pressuram habebitis.* (Joan. XVI. 33).

Podemos ser mártires sin la cuchilla, dice S. Gregorio, si tenemos paciencia en las tentaciones. (Moral.)

La Escritura compara la tentacion á un tamiz. (Luc. XXII. 31). El tamiz separa el trigo del mal grano y de la paja; el buen grano se queda, el grano malo cae y desaparece; así los verdaderos fieles, los justos resisten á las tentaciones, mientras que los cobardes, los pecadores y los impíos sucumben y caen en el infierno...

La tentacion es una prueba que distingue el bueno del malo.

Las tentaciones se suceden como las olas á las olas, los vientos á los vientos, hay varias clases de tentaciones: son frecuentes, y muchas veces terribles.

La tentacion comprende tambien las aflicciones, las tribulaciones y las pruebas...

La prosperidad es tambien una tentacion peligrosa; la elevacion, el honor y la alabanza son tentaciones terribles...

Hay tentaciones del demonio, del mundo y de la carne...

Se llama propiamente tentación todo lo que solicita al hombre al pecado...

Hay tentaciones que no hacen cometer más que un solo pecado; otras hacen cometer muchos á la vez, como la tentación de Adán y de Eva, que contenía en sí el orgullo, el descontento, la curiosidad, la fe en las palabras de la serpiente, la desobediencia y la gula.

Siempre que hemos vencido á semejantes enemigos, dice S. Gregorio, hemos de estar necesariamente dispuestos á vencer á otros: *Quoties alios hostes vincimus, necesse est ut ad aliorum devincenda certamina preparemur.* (In Job.)

Dice el Apocalipsis que el dragon, es decir, Satanás, se fué, lleno de rabia, dispuesto á hacer una guerra cruel é incógnita: *Et iratus est draco, et abiit facere prælium.* (XII. 17).

Cobardía, mentira, habilidad, promesas, furor, crueldad y malicia, todo lo emplea el maligno espíritu...

Cuando solo, ó con todas sus legiones, no puede triunfar, Satanás llama en su auxilio á los demonios encarnados, es decir, á los escandalosos y corruptores... Llama en su auxilio á las tres concupiscencias de que habla S. Juan. (I. II. 16).

Necesidad de las tentaciones.

Nuestra vida en este destierro no puede pasar sin tentaciones, dice S. Agustín, porque nuestro adelanto espiritual se verifica por la tentación; no podemos conocer sino por la tentación; no podemos ser coronados sin haber vencido; no podemos vencer sin combate, y no podemos combatir sin enemigos ni tentaciones (1).

No hay victoria sin combate, dice S. Cipriano: *Nisi processerit pugna, non potest esse victoria.* (Lib. de Mortalitate).

No hay grandes obras de virtud sin las pruebas de las tentaciones, dice san León; la fe se confirma con las agitaciones, no hay combate sin enemigo, y no hay victoria sin llegar á las manos. Si queremos triunfar, es preciso combatir (2).

Soldado de Jesucristo, soy demasiado delicado, dice S. Crisóstomo, si creéis vencer sin lucha y triunfar sin batidos: *Delicatus es, miles, si putas te posse sine certamine vincere, sine certamine triumphare.* (Serm. de Mart.)

El humilde de á la llama, dice S. Crisóstomo; y el combate precede á la victoria. Antes del triunfo de Jesucristo en el último día, habrá la tentación del Anticristo. (Serm. de Mart.)

Porque erais agradable al Señor, dijo el ángel á Tobías, ha sido preciso que fuédesis experimentado por la tentación: *Quia acceptus eras Deo, necesse fuit ut tentatio probaret te.* (XII. 13).

(1) Vita nostra in hac peregrinatione non potest esse sine tentatione, quia profectus noster per tentationem nostram fit, nec sibi quisque immolescit, nisi tentatus, nec potest coronari, nisi victric, nec potest vincere nisi certaverit: non potest certare nisi inimicum et tentationes habuerit. (In Psal. LX.)

(2) Nulla sunt sine tentationum experimentis opera virtutis, nulla sine perturbationibus fides, nullum sine hoste certamen, nulla sine congressione victoria. Si volumus superare, pugnandum est. (Serm. I. de Quadray.)

El reino de los Cielos sufre violencia, dice Jesucristo, y sólo por violencia puede arrebatarse: *Regnum Cælorum vim patitur, et violenti rapiunt illud.* (Math. XI. 12).

Por muchas tentaciones hemos de entrar en el reino de Dios, dice el gran Apóstol: *Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei.* (Act. XIV. 21).

¿Quién es poderoso y valiente? El que combate las tentaciones y las vence... El bienaventurado Pablo, dice S. Crisóstomo, veía cada día que montañas de tentaciones se desplomaban sobre él, y se alegraba, se conducía como si se hubiese hallado en medio del Paraíso. (Homil. I. in II. ad Cor.)

El mejor y el más grande de los reyes es el que puede mandar á sus pasiones, dice Socrates: *Optimus rex est qui suis affectibus imperare potest.* (Ila Plutarch.)

Hay heroísmo en vencer las tentaciones... Hay vergüenza y cobardía en dejarse vencer...

Si Dios está por nosotros, ¿quién con ventaja luchará contra nosotros? dice el Gran Apóstol: *Si Deus pro nobis, quis contra nos?* (Rom. VIII. 31). Todo lo que puedo en el que me mortifica: *Omnia possum in eo qui me confortat.* (Philipp. IV. 13).

Dios nos asiste en lo fuerte del combate. El que da la voluntad, da el poder para ser cooperadores de sus obras; y podemos decir con el Salmista: Dios es mi luz y mi salvación; ¿á quién he de temer? Dios es el protector de mi vida; ¿quién me hará temblar? *Dominus illuminatio mea et salus mea: quem timebo? Dominus protector vitæ meæ: à quo trepidabo?* (XXVI. 1).

Deseo, dice el gran Apóstol á los corintios, que no os sucedan más que tentaciones humanas y ordinarias. Dios es fiel, y no sufrirá que seais tentados sobre vuestras fuerzas, sino que hará también que salgais de la tentación para que podáis permanecer firmes: *Tentatio vis non apprehendat nisi humana: fidelis Deus est, qui non patietur vos tentari supra in quod potestis; sed faciet etiam cum tentatione prementum, ut possitis sustinere.* (I. X. 13).

Todas las naciones, dice el Real Profeta, se han armado contra mí; y en nombre del Señor venceré: *Omnes gentes circumierunt me; et in nomine Domini quia nullus sum in eos.* Me han rodeado por todas partes, y en nombre del Señor venceré: *Circumdantes circumdederunt me, et in nomine Domini quia nullus sum in eos.* Se han arrojado sobre mí como un enjambre de abejas; y en nombre del Señor venceré: *Circumdederunt me sicut apes, et in nomine Domini quia nullus sum in eos.* Mis enemigos me han empujado para precipitar mi caída; pero el Señor me ha sostenido: *Impulsus eversus sum, ut caderem, et Dominus suscepit me.* El Señor me ha sostenido; el Señor es mi fuerza y mi gloria, y ha venido á ser mi salvador: *Fortitudo mea et laus mea Dominus, et factus est mihi in salutem.* Gritos de alegría y de victoria resuenan en la tienda de los justos: *Vox exultationis et salutis, in tabernaculis iustorum.* La diestra del Señor ha desplegado su fuerza, la diestra del Señor me ha llevado, la diestra del Señor ha señalado su poder: *Dextera Domini fecit virtutem, dextera Domini exaltavit me, dextera Domini fecit virtutem.* (Psal. CXVII. 10-16).

El verdadero valor y la verdadera fuerza, consisten en vencer las tentaciones.

Pueden vencerse las tentaciones con el auxilio de Dios.

Marchareis, dice en otra parte el mismo profeta, sobre el áspid y el basilisco, y humillareis á vuestros piés al león y al dragón: *Super aspidem et basiliscum ambulabis, et conculcabis leonem et draconem.* (XC. 13).

No tenemos un pontífice que no pueda participar de nuestras enfermedades, dice el gran Apóstol, sino un pontífice que ha sido tentado y experimentado en todo para ser semejante á nosotros, si se exceptúa que está libre del pecado: *Non habemus pontificem, qui non possit computi infirmitatibus nostris, tentatum autem per omnia pro similitudine absque peccato.* (Hebr. IV. 15).

El Señor, dice el apóstol S. Pedro, sabe librar á los justos de las tentaciones: *Novit Dominus pius de tentatione eripere.* (II. II. 9). Ejemplo de esa verdad son Noé, Lot, Abraham, Jacob, José, Moisés, David, Susana, Daniel, Esther y Mardoqueo, Judith, Jael, Tobias, Júdas Macabeo, Pedro, etc.

Con razon, dice el Salmista: Grandes tentaciones están reservadas á los justos; pero el Señor los librará de todos los males: *Multe tribulationes justorum, et de omnibus his liberabit eos Dominus.* (XXXIII. 20).

Dios es nuestro refugio y nuestra fuerza, dice el Rey Profeta; en las tentaciones hemos encontrado en él un poderoso auxilio. Por esto estaríamos sin temor aun cuando la tierra se turbase, y aun cuando las montañas cayesen en medio del mar: *Deus noster refugium et virtus, adiutor in tribulationibus, que invenerunt nos nimis. Propterea non timebimus dum turbabitur terra, et transferentur montes in cor maris.* (XLV. 1-2).

Los soldados de Jesucristo no son menos victoriosos de las tentaciones huyendo, que sosteniendo el choque y quedándose firmes en el terreno.

Dios, dice el Salmista, es mi ciudadela delante de mis enemigos: *Turris fortitudinis a facie inimici.* (LX. 3). Levántese Dios, exclama, y dispense sus enemigos; huyan de su presencia los que le aborrecen: *Exurgat Deus, et dissipentur inimici ejus; et fugiant qui oderunt eum, a facie ejus.* (LXVII. 1). Así como se desvanece el humo y la cera se derrite delante de la llama, desaparecen los perseguidores delante del Señor: *Sicut deficit fumus, deficiant; sicut fluit cera facie ignis, sic pereant peccatores a facie Dei.* (LXVII. 2). Quéden estos tentadores cubiertos de confusion y de vergüenza, ellos que atacan á mi alma; huyan y avergüéncense los que quieren mi ruina: *Confundantur et revertentur, qui querunt animam meam; avertantur retrorsum, et erubescant qui volunt mihi mala.* (LXIX. 3-4).

Aun cuando ejércitos enteros se acampasen al rededor mio, mi corazón no temerá, dice el Salmista. Aun cuando se diese la señal del combate, me estremerá de esperanza. El Señor me ha establecido sobre una Peña, y me ha elevado sobre mis enemigos: *Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum; si exurgat adversum me praelium, in hoc ego sperabo.* (XXVI. 3-4).

Bajo vuestra guardia, ó Dios mio, atravesaré los campos enemigos; con vos atravesaré las murallas: *In te eripiar a tentatione, et in Deo meo transgrediar murum.* (Psal. XVII. 30).

¿Quién es el fuerte, si no es nuestro Dios, el Dios que me ha revestido de fuerza? Ha instruido mis manos para el combate, y ha armado mi brazo con un arco de bronce. Perseguiré á mis enemigos, los alcanzaré, y no volveré sino despues de haberlos visto derrotados. (Psal. XVII. Possim.)

Al hallarse David en presencia del gigante Goliath, le dijo: Vienes hácia mi con la espada, la lanza y el escudo; pero yo vengo hácia tí en nombre del Señor de los ejércitos. Y hoy el Señor te hará caer bajo mi mano, y te herirá, y te cortaré la cabeza. (I. Reg. XVII. 45-46).

Así es, dice S. Agustín, y no de otra manera, y jamás de otra manera, como se derrota al enemigo. El que pretende combatir con sus propias fuerzas, está ya vencido aun antes de empezar el combate: *Sic, sic, aliter non, omnino aliter non prosternitur inimicus. Qui pugnat viribus suis, antequam pugnet, ipse prosternitur.* (De Morib.)

Confía en Dios, él te librará, dice el Eclesiástico: *Crede Deo, recuperabit te.* (II. 6).

Señor, exclama Ezequías, mis enemigos me oprimen, respóndelos por mí: *Domine, vim patior, responde pro me.* (Isai. XXXVIII. 14).

Dios, dice S. Agustín, no manda lo imposible; sino que mandando os advierte que hagais lo que esté en vuestra mano y que pidais lo que no podéis hacer; y os ayuda para que podáis hacer lo que es difícil: *Deus impossibilia non jubet, sed jubendo monet, et facere quod possis, et petere quod non possis; et adjuvat ut possis.* (Lib. de Natura et Gratia, c. XLIII).

Mi yugo es dulce, y ligero mi peso, dice Jesucristo: *Jugum meum suave est, et onus meum leve.* (Matth. XI. 30).

Señ sumisos á Dios, resistid al demonio, y huirá de vosotros, dice el apóstol Santiago: *Subditi stote Deo, resistite diabolo, et fugiet a vobis.* (IV. 7).

Te colocaré delante de tus enemigos como un muro de bronce, un muro inquebrantable, dice el Señor á Jeremías: se levantarán contra tí, y no prevalecerán, porque estoy contigo para salvarte y librarte. Y te arrancaré de las manos de los malvados, y te rescataré de la mano de los fuertes (1).

El que consiente á la tentación, y no el que la siente es el que sucumbe, dice S. Agustín: *Qui consentit, non qui sentit, inducitur in tentationem.* (De Natura et Gratia).

Dice el Apocalipsis que el dragón se halla en la arena del mar: *Draco stetit supra arenam maris.* (XII. 17-18). Estas palabras significan que el tentador prevalece contra los hombres de la tierra carnales, perezosos, inconstantes é imprudentes...

No diga nadie que Dios le tienta, cuando se vea tentado, dice el apóstol Santiago; porque Dios no nos lleva al mal, no tienta á nadie; todos somos tentados por la concupiscencia, que nos arrastra y nos fascina (2).

Dios, dice S. Fulgencio, no es el autor de lo que castiga: *Deus non est auctor eorum quorum est ultor.* (Lib. I ad Monimum). Permite las tentaciones para experimentar; pero no es la causa ni el autor de ellas, ni quiere que sucumbamos...

(1) Dabo te in murum meum, fortem; et bellabunt adversum te, et non prevalebunt; quia ego locum sum ut salvem te, et eruum te, dicit Dominus. Et liberabo te de manu pessimorum, et refirmam te de manu fortium. (AV. 20-21).

(2) Nemo, cum tentatur, dicit, quoniam a Deo tentatur. Deus autem tentator malorum est, ipse autem meum tentat. Unusquisque vero tentatur a concupiscentia sua, abstractis ellectus. (I. 13-14).

Facilidad de vencer las tentaciones.

¿Quién es el que sucumbe á la tentación?

Dios no tienta á nadie.

Ventajas de las tentaciones.

Creed que tenéis gran motivo de alegraros, hermanos míos, cuando sois objeto de diversas tentaciones, dice el apóstol Santiago, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce la paciencia: *Omne gaudium existimate, fratres mei, cum in tentationibus varias incidieritis; scientes quod probatio fidei vestre patientiam operatur.* (I. 2-3).

Habéis experimentado mi corazón, Señor, dice el Rey Proleta y me habéis visitado; me habéis hecho pasar por el fuego de la tentación, y la iniquidad no se ha hallado en mí: *Probasti cor meum, visitasti, igne me examinasti; et non est inventa in me iniquitas.* (XVI. 3).

La tentación borra el pecado y humilla.

Es lo que dice el apóstol S. Pablo: A fin de que la grandeza de las revelaciones no me eleve, tiene mi carne un aguijón, el ángel de Satanás, que me aboletea: *Et ne magnitudo revelationum extollat me, datus est mihi stimulus carnis mee, angelus Satanæ, qui me colaphizat.* (II. Cor. XII. 7).

El oro y la plata, dice el Eclesiástico, se purifican con la llama; pero los hombres que Dios acepta, pasan por el fuego de la humillación: *Quoniam in igne probatur aurum et argentum, homines vero receptibiles in camino humiliationis.* (II. 5).

La naturaleza de las tentaciones, dice S. Crisóstomo, tiene por efecto ordinario hacernos salir de nuestra indiferencia, comunicándonos más fervor: *Dormitantes nos expurgere facere solet, et religiosiores facere tentationum natura.* (Homil. XIV. ad pop.).

La tentación experimenta la virtud, la fortifica y la conserva.

La mejor custodia de las virtudes, dice S. Gregorio, es la enfermedad física ó moral. Los elogios progresan en la virtud por la tentación, y Dios convierte en gloria suya lo que el demonio les prepara para su ruina (1).

El horno prueba los vasos del alfarero, dice el Eclesiástico, y la tentación con las tribulaciones es la prueba de los hombres justos: *Vasa figuli probat fornax, et homines justos tentatio tribulationis.* (XXVII. 6).

La virtud se marchita cuando no tiene adversario, dice Catón: *Marcei sine adversario virtus.* (Anton. in Meliss.).

Dios, dice la Sabiduría, los probó con mil tentaciones, y los encontró dignos de él: *Deus tentavit eos, et invenit illos dignos se.* (III. 5).

En vuestra lucha, dice S. Crisóstomo, el Señor ataca, el Señor combate, el Señor es victorioso, y se os atribuye la victoria.

Vuestro combate es el de Dios; vuestro combate es el combate de Jesucristo, por qué tembláis, como siuviérais que vencer con vuestras propias fuerzas? Tomad las armas, marchad á la guerra, combatid valientemente, á fin de que el que jamás es vencido esté con vosotros (2).

(1) Optima virtutis custodia est infirmitas, vel pressurarum, vel tentationum. Electi in tentatione proficiunt; et quod eis diabolus præparat ad ruinam, hoc Deus eis convertit in gloriam. (Lib. XIX. Moral., c. VI.)

(2) In tua pugna Dominus congregatur, Dominus dimicatur, Dominus preliatur; et victoria tibi adscribitur. Certamen tuum Dei certamen est; prælium tuum Christi est prælium. Quid trepidas? quid formidas? quasi tua virtute desines? Prehende arma, procede in bellum, fortiter dimica, ut dimicanti absit ille qui vinci non novit. (Epist. ad Mart.)

Dios, dice la Escritura, prueba á sus elegidos como el oro en el horno: *Tanquam aurum in fornace probabit illos.* (Sap. III. 6).

La tentación es el aguijón de la esperanza y de las oraciones, porque el hombre que está afligido y en peligro de sucumbir, se ve obligado por la tentación á acudir pronto á Dios para obtener su auxilio y su gracia, sin la que conoce que no puede vencer y que sería ciertamente vencido. Entónces dice con Isaias: Venid, Señor, en mi auxilio; mi enemigo me hace violencia: *Domine, vim patior, responde pro me.* (XXXVIII. 14). Y con el Salmista: Apresuraos, Señor, á venir en mi auxilio, apresuraos á socorrerme: *Deus, in adiutorium meum intende; Domine, ad adjuvandum me festina.* (LXIX. 1).

Estad llenos de esperanza, dice Jesucristo: he vencido al mundo: *Confidete; ego vici mundum.* (Joana. XVI. 33). Entónces, como los apóstoles á punto de ser sumergidos, exclamamos: Señor, sálvanos, que perecemos: *Domine, salva nos, perimus.* (Matth. VIII. 25). Entónces Jesús se levanta, dá sus órdenes á los vientos y al mar, y sucede una gran calma: *Tunc surgens, imperavit ventis et mari, et facta est tranquillitas magna.* (Matth. VIII. 26).

Dios está al lado de los suyos cuando son tentados. Está allí para protegerlos, ayudarlos y confirmarlos, á tenor de las palabras del Salmista: Estoy con él en la tentación, le arrancaré de ella, y le glorificaré: *Caro ipso sum in tribulatione; eripiam eum, et glorificabo eum.* (XC. 15).

Seré para él una muralla que le rodeará, dice el Señor por medio del profeta Zacarías: *Ero ei murus in circuitu.* (II. 5).

La tentación nos ilumina, nos hace circunspectos, y nos da experiencia. Porque, dice el Eclesiástico, ¿qué sabe el que no es tentado? *Nam, qui non est tentatus, quid scit?* (XXXIV. 9).

No hay mejor prueba de haber vencido á los demonios, dice S. Juan Climaco, que cuando nos atacan con furor, porque, si les resistís fuertemente os atacan con rabia (1).

Las fuertes tentaciones, dice S. Crisóstomo, son una prueba cierta de que Dios tiene especial cuidado de nosotros, puesto que purifican nuestros pecados y nos dan ocasión de ejercitarnos en el combate. No nos entristezcamos, pues, en las tentaciones, y hagamos lo que el Apóstol, que decía: *Gaudeo in passionibus.* (Homil. III. in Genes.).

Un gran combate en las tentaciones proporciona una gran gloria, no una gloria humana y pasajera, sino una gloria divina y eterna, dice S. Agustín: *Magnum certamen magnam comparat gloriam, non humanam, nec temporalem, sed divinam et sempiternam.* (In Psal.)

Cuando sois tentados, dice S. Ambrosio, sabed que se os prepara la corona inmortal: *Quando tentaris, cognosce quia paratur corona.* (In c. IV. Luc.).

La lucha cuesta, dice S. Bernardo, pero es ventajosa; porque, si se tiene el trabajo, se tendrá también la corona. Aunque se sienta la tentación, no da-

(1) Nullum certius argumentum est, quod demones a nobis victi sunt, quam si nos acerrime oppugnent; si enim illis omnino resistas fortissime, oppugnantur te acriter. (Grad. XXVII.)

ña; no hay mal donde no hay consentimiento; la resistencia en la lucha viene á ser una corona en la victoria (1).

Huró que el vencedor coma del fruto del árbol de la vida, dice el Señor en el Apocalipsis: *Vicenti dabo edere de ligno vite.* (II. 7). Daré al vencedor el maná oculto: *Vicenti dabo manna absconditum.* (Ibid. II. 17).

Jesucristo ántes de ir á la muerte, dijo á sus apóstoles: Vosotros habeis permanecido conmigo en mis tentaciones, y os preparo el reino como mi Padre me lo ha preparado, á fin de que comáis y bebáis en mi mesa en mi reino, y esteis sentados en tronos para juzgar á las doce tribus de Israel (2).

La prueba de las grandes almas, dice Alvarez, consiste en no temer el encuentro y los esfuerzos de los enemigos, en no entristecernos por las penas y las tentaciones, sino en alegrarnos (*Trac. de Victor. tentat. c. II.*).

Ved á S. Antonio desgarrado y medio muerto por los demonios; ved como áun los provocaba diciendo: Yo soy Antonio, aquí me tenéis; no huyo de vuestros combates, por más crueles que sean, ninguno de vosotros me separará de la caridad de Jesucristo; y cantaba con el corazón lleno de alegría: *Ecce ego hic sum Antonius, non fugio vestra certamina, etiam si majora faciatis; nullus me separabit a caritate Christi.* (Ita S. Athanas., in ejus vita).

Medios de vencer las tentaciones.

El primer medio de vencer las tentaciones consiste en no exponernos por culpa nuestra. No deis pié al demonio, dice S. Pablo: *Nolite locum dare diabolo.* (Ephes. IV. 27). Quien ama el peligro, en él perecerá, dice el Eclesiástico: *Qui amat periculum, in illo peribit.* (III. 27).

El segundo medio para resistir á las tentaciones y vencerlas es recordar las promesas del Bautismo y guardarlas fielmente.

El tercer medio es desconfiar de nosotros mismos. Tenga cuidado de no caer el que se cree firme, dice el gran Apóstol: *Qui se existimat stare, cadent ne cadat.* (I. Cor. X. 12). ¿Qué somos por nosotros mismos sino una débil caña?...

El cuarto medio es la sobriedad y la vigilancia. Sed amigos de la templanza y vigila, dice el apóstol S. Pedro, porque el demonio, vuestro adversario, da vueltas al rededor vuestro como un leon rugiente que trata de devorar su presa: *Sobrii estote, et vigilate, quia adversarius vester, diabolus, tanquam leo rugiens, circuit, querens quem devoret.* (I. v. 8).

El quinto medio es resistir desde el principio de la tentacion. Detened la enfermedad desde el principio; porque luego el remedio será inútil: *Principiis obsta; sero medicina paratur.*

Rompemos la cabeza de la serpiente, dice S. Gregorio, cuando extirpamos de nuestro corazón el principio de las tentaciones: *Caput serpentis conterimus, cum initia tentationis a corde extirpamus.* (Lib. I. Moral., c. XXXVIII).

El sexto medio de vencer las tentaciones es estar siempre prontos á com-

(1) Molesta est laeta, sed fructuosa; quia, si habet penam, habebit et coronam. Non nocet usui ubi non est consensus; imo, quod resistentiam fatigat, vicentem coronat. (De Inter. Domo).

(2) Vos estis qui permansistis mecum in tentationibus meis; et ego dispono vobis, sicut disposuit Pater meus, regnum, ut edatis et bibatis super mensam meam in regno meo; et sedetis super thronos, iudicantes duodecim tribus Israel. (Luc. XXII. 28-30).

batir y tener buenas armas... Fortifícaos en el Señor y en su virtud omnipotente, dice S. Pablo. Armaos con las armas de Dios, para que podáis resistir las emboscadas del infierno. Armaos con las armas de Dios para que podáis vencer en el día de prueba. Sed firmes, ciñéndoos con la verdad y cubriéndoos con la coraza de justicia, y calzándoos en la preparación del evangelio de la paz, tomando en todo el escudo de la fe, para que podáis amortiguar todos los inflamados dardos del maligno espíritu. Tomad tambien el casco de la salvacion, y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios; juntad á todo esto las instancias y las súplicas, siempre velando y orando sin descansar. (Ephes. VI. 10-18).

El séptimo medio consiste en acudir á Dios, recordar su presencia, temerle, y tener en él confianza.

Si el combate os llama, dice S. Cipriano, si el día de la guerra ha llegado, combatid valiente y constantemente, sabiendo que combatís delante de Dios. (Epist. ad Martyr.)

Vayamos con confianza al trono de gracia, dice S. Pablo, para obtener misericordia y hallar en un socorro oportuno la gracia que nos es necesaria: *Adeamus cum fiducia ad thronum gratie, ut misericordiam consequamur, et gratiam inveniamus in auxilio opportuno.* (Hebr. IV. 16).

Digamos con S. Agustín: Vos que nos habeis rescatado, queriendo vendreis á nosotros? *Quando venies ad nos, qui redemisti nos?* (Meditat.)

Si lo confiamos siempre todo en las manos de Dios, dice S. Agustín, ningún demonio podrá acertarse y vencernos: *Si semper omnia manibus Dei committimus, nullus demonum ad expugnandum valebit accedere.* (Ita S. Athan., in ejus vita).

El Señor me ha oído cuando le he invocado, dice el Salmista: *Cum invocarem, exaudivit me Deus.* (IV. 1).

Señor, salvadme de todos los que me persiguen, y libradme: *Deus meus, auxilium me fac ex omnibus persecuentibus me, et libera me.* (Psal. VI. 1).

No se apodere jamás de mi alma, como un leon, el demonio: *Nequando rapiat, ut leo, animam meam.* (Psal. VII. 3). Guardadme, Señor, como la pupila del ojo, protegédme á la sombra de vuestras alas contra la presencia de los malos que me persiguen: *Custodi me ut pupillam oculi, sub umbra alarum tuarum protege me, a facie impiorum qui me afflixerunt.* (Psal. XVI. 8-9).

Invocadme en el día de la angustia, dice el Señor; os libraré, y me honraréis: *Invoca me in die tribulationis; eruum te, et honorificabis me.* (Psal. XLIX. 15).

Levántese Dios, y dispense su enemigos: *Exurgat Deus, et dissipentur inimici ejus.* (Psal. LXXVII. 2).

Despertad, Señor, vuestro poder; venid, salvadnos: *Excita potentiam tuam et veni, ut salvos facias nos.* (Psal. LXXXIX. 3).

Mi mano será su apoyo, y mi brazo le fortificará: *Manus enim mea auxiliabitur ei; brachium meum confortabit eum.* (Psal. LXXXVIII. 21).

Arrancadme, Señor, del poder del malvado; libradme del hombre inicuo: *Eripe me, Domine, ab homine malo; a viro iniquo eripe me.* (Psal. CXXXIX. 2).

Acercaos á Dios, y se acercará á vosotros, dice el apóstol Santiago: *Appropinquate Deo, et appropinquabit vobis.* (IV. 8).

El octavo medio de vencer las tentaciones es observar exactamente la ley de Dios...

El noveno medio es la paciencia y la resignación a la voluntad de Dios...

El décimo medio es leer la Sagrada Escritura y los libros piadosos, consultando á los hombres instruidos y prudentes...

El undécimo medio es no turbarse, cansarse ni desesperarse en las tentaciones...

El duodécimo medio es estar alegres en las tentaciones. Nada debilita tanto al maligno espíritu, dice S. Antonio, como la alegría espiritual y el regocijo: *Nulla re ita vincitur demon, ac letitia spirituali et gaudio.* (Ira S. Athan., in ejus vita). Hemos de huir de la tristeza.

El medio décimo tercero es pensar en la felicidad de la victoria...

El medio décimo cuarto es ponerse en esta situación de espíritu que san Agustín compara á la piedra cuadrada, que de cualquier parte que se vuelva, queda sólidamente sentada. Toda tentación debe hallarnos firmes (*In Psalm. LXXXVI. 4*).

El medio décimo quinto es tener la voluntad de no sucumbir, de no mancharnos. Hemos de decir: prefiero morir á mancharme: *Malo mori quam foedari.*

El medio décimo sexto es combatirnos á nosotros mismos y vencernos: Cese la voluntad propia, y no habrá infierno, dice S. Bernardo: *Cesset voluntas propria, et infernus non erit.* (Serm. de Resurrect.)

El décimo séptimo medio es recordar nuestra dignidad y grandeza.

Veá, dice el apóstol S. Juan, qué amor nos ha profesado el Padre, pues ha querido que nos llamasen hijos de Dios y que lo seamos: *Videte qualem caritatem dedit nobis Pater, ut filii Dei nominemur et simus!* (III. 1).

TIBIEZA.

TLa tibia es una voluntad vacilante... es un sueño, dice el Salmista: *Dormierunt somnum suum.* (LXXV. 6).

El hombre tibio nada apetece, ni siquiera el Cielo: *Pro nihilo habuerunt terram desiderabilem.* (Psal. CV. 24).

El hombre tibio es semejante á los judíos en el desierto, á quienes el maná hacía disgustar el corazón: *Nauseat cor nostrum super cibo isto levissimo.* (Num. XXI. 5). Nada tiege para él atractivos, ni la gracia, ni la oración, ni la palabra de Dios, ni la confesión, ni la comunión, etc.; *Omniem escam abominata est anima eorum.* Es como un hombre en la agonía: *Et appropinquarent usque ad portas mortis.* (Psal. CVI. 18).

El hombre tibio es como las estatuas de madera, de piedra ó de yeso, que tienen ojos, y no ven; oídos, y no oyen; olfato, y nada perciben; boca y lengua, y no hablan; manos, y no las mueven; pies, y no andan, dice el Salmista (1).

La tibia es un enemigo continuo que entorpece: *Dormitavit anima mea prae tadio.* (Psal. CXVIII. 28). El hombre tibio no se fija en la ley de Dios, se separa de ella, y cae en la inacción espiritual: *Defecit spiritus meus.* (Psal. CXLII. 7).

El hombre tibio es una tierra vacía, estéril; puede también decirse: *Terra inanis et vacua.* (Gen. I. 2).

El hombre tibio parece que honra todavía á Dios, que le ruega; pero es con disgusto, con la punta de los labios: Su corazón está seco y apartado de Dios: *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est a me.* (Isai. XXIX. 13).

El hombre tibio es como aquel desgraciado del Apocalipsis que se creía rico y opulento, pensando no tener necesidad de nada; y era miserable, y digno de lástima, y pobre, y ciego, y desnudo: *Quia dixit: Quod dives sum, et locupletatus, et nullus egeo; et nescit quia tu es miser, et miserabilis, et pauper, et caecus, et nudus.* (III. 17).

El hombre tibio es como Sansón entre las manos de Dalila; su alma pierde toda su fuerza, y cae en un cansancio próximo de la muerte: *Defecit anima ejus, et ad mortem usque lassata est.* (Judic. XVI. 16).

Encontramos en la enfermedad de Lázaro los grados de la tibia, y vemos á donde le condujo. 1.º Estaba lánguido, *languens*... 2.º Se puso enfermo, *infirmabatur*... 3.º Dormía, *Lazarus dormit*... 4.º Murió, *Lazarus mortuus est*... 5.º Cayó en putrefacción, *jam fetet.* (Joann. XI *passim*.) O tibia, ¿á dónde has conducido á Lázaro? *Ubi posuistis eum?* (XI. 34).

(1) Os habent, et non loquentur; oculos habent, et non vident; aures habent, et non audient; nares habent, et non odorant; manus habent, et non palpant; pedes habent, et non ambulabunt. (EIII. 5-7).

Señor, venid, y ved este tan horrible estado: *Domine, veni, et vide.* (Joann. XI. 34).

El Evangelio nos dice que Jesús se estremeció y lloró. (Id. XI. 34-35). Había una piedra colocada sobre Lázaro... (Id. XI. 38). Jesús dijo: Quitad la piedra: *Tollite lapidem.* (Id. XI. 39). Y Jesús gritó con voz fuerte: Sal, Lázaro: *Lazare, veni foras.* (Id. XI. 43). ¡Oh! digno de desearse es semejante prodigio para resucitar al hombre!...

Es difícil, dice Eusebio, no caer en faltas graves, cuando no se temen las más ligeras. (In *Chronic.*) El que desprecia las faltas pequeñas, dice el Espíritu Santo, caerá poco á poco en las mayores: *Qui spernit modica, paulatim decidet.* (Eccl. XIX. 1).

Preveís las grandes caídas, dice S. Agustín, y despreciáis las pequeñas. Habiéis arrojado lejos de vosotros una piedra enorme; pero tened cuidado de que la arena no os envuelva y entierre; *Magna preceavisti; de minimis quid agis? Proiecasti molem; vide ne arena obruaris.* (In *Eccles.*)

Peligro y desgracia de la tibieza.

Conozco vuestras obras, dice el Señor en el Apocalipsis; sé que no sois fríos ni calientes. ¡Ojalá fúeis fríos ó calientes! Pero, porque sois tibios, y ni fríos ni calientes, os vomitaré de mi boca: *Scio opera tua, quia neque frigidus es, neque calidus. Utinam frigidus esses aut calidus! Sed quia tepidus es, nec frigidus, nec calidus, incipiam te vomere ex ore meo.* (III. 15-16).

He pasado, dice el Señor en los Proverbios, por el campo del perezoso y por la viña del insensato; y todo estaba lleno de espinas; las malezas cubrían el rastro, y la muralla de piedra había caído. (XIV. 30-31-33-34).

El que descuida su viña, dice S. Bernardo, la destruye. No hay sarmiento donde no hay cepa: Jesucristo es la cepa. ¡Cómo ha de producir la viña, si está seca? Cómo vivirá el hombre tibio, él en quien la divina savia ya no circula casi? Por lo mismo que lleva una vida inútil, su vida es una muerte: *Sic, eo ipso quod inutiliter vivit, vivens mortuus est.* (Serm. in *Cant.*)

¡Desgraciado del hombre tibio! Será como el tamarindo del desierto, que ignora los días de adonancia; porque habitará en los lugares áridos del desierto, en una tierra cubierta de sal é inhabitable, añade Jeremías. (XVII. 5-6).

Dadles, Señor, dice el profeta Oseas. Y ¿qué les dareis? Dadles entrañas estériles y pechos áridos: *Da eis, Domine; quid dabis eis? Da vulvam sine liberis, et ubera arenia.* (IX. 14).

¡Ay! los tibios tienen la triste suerte del desgraciado Baltasar: se les pesa, pero se les encuentra demasiado ligeros: *Appensus es in statera, et inventus es minus habens.* (Daniel. v. 27).

La fuerza y el talento desaparecen con la tibieza, dice S. Crisóstomo: *Per teporem vires et ingenium defluunt.* (Homil. ad pop.)

El hombre tibio es juguete del maligno espíritu... Rufino cuenta que el abate Pinedio decía: Las moscas se apartan del agua hirviendo, caen en el agua tibia, y engendran los gusanos; los demonios huyen de una alma abrasada por la caridad, pero se arrojan en una alma tibia, y engendran en ella poderdumbre de las pasiones y de los vicios. (In *Vit. Patr., lib. VII. c. XXXIX.*)

Jesucristo, dice S. Agustín, ha venido, ha atado á Satanás. Pero dirán algunos: Si Satanás ha sido atado, ¿por qué hace todavía tantos estragos? Es verdad, hace mucho mal; pero es á los tibios y á los negligentes (1).

Es más comun ver que grandes pecadores se convierten sinceramente y vuelven á Dios, que no ver que lo hacen hombres tibios. Los fríos de que habla la Escritura son los infieles que pecan por ignorancia; los tibios son peores que ellos, es decir, los cristianos cobardes. (*Epist. LVI ad Richardum.*)

Los corazones fríos se convierten bastantes veces; pero los tibios casi nunca. Así pues el peligro es mayor en la tibieza que en la frialdad.

Conozco á muchos, dice S. Crisóstomo, que han tenido todas las virtudes, y por su tibieza han venido á parar en el abismo de todos los excesos: *Novimus multos, omnes virtutis numeros habuisse; tamen negligentia lapsos ad vitiorum barathrum devenisse.* (Homil. ad pop.)

Puede esperarse, dice S. Gregorio, que un corazón frío ame un día á Dios; pero para el corazón tibio, que ha perdido su fervor, no hay ya esperanza. (*Pastor.*)

Ordinariamente, un amor vivo, despues de graves caídas, es más del agrado de Dios que la inocencia entorpecida en la seguridad, dice S. Gregorio: *Nulli plerumque gratior Deo amore ardens post culpam vita, quam securitate torpens innocentia.* (Lib. III *Pastor.*, admon. XXXIX.)

Las principales causas de la tibieza son: 1.º La ceguada espiritual...; 2.º el alejamiento de Dios. El alma tibia imita á Pedro, que en el tiempo de la pasión seguía á Jesucristo de lejos; lo que fué causa de su caída: *Sequebatur eum á longe... Negavit.* (Math. XXVI. 58-70); 3.º el abandono de su primer fervor: *Caritatem tuam primam reliquisti...* (Apoc. II. 3); 4.º el olvido de la oración, del exámen de conciencia, y de la elevación del corazón á Dios...; 5.º la tibieza procede de la confianza en nosotros mismos, de la plenitud de nosotros mismos, del orgullo, de la presunción, del desprecio de Dios y de las cosas santas...; 6.º del desprecio de las faltas ligeras y del hábito de caer en ellas sin escrupulo...; 7.º del abuso de las gracias...; 8.º hacer las cosas santas por hábito engendra la tibieza...

Os advierto, dice el gran Apóstol á su discípulo Timoteo, que hagáis revivir la gracia de Dios, que tenéis, por medio de la imposición de mis manos: *Admoneo te ut resuscites gratiam Dei, quæ est in te, per impositionem manuum mearum.* (II. i. 6).

Dios no da su gracia á los perezosos y á los tibios, sino á los que desean y tratan de adelantar; á los que se aplican al estudio y á la práctica de las virtudes y de la perfección: por esto el Esposo dice á la Esposa de los Cantares: Levantaos, apresuraos, amada mía, y venid: *Surge, propera, amica mea, et veni.* (II. 10).

(1) Venit Christus, et alligavit diabolum. Sed dicit aliquis: Si alligatus est, quare adhuc tantum prævalet? Verum est, nullum prævalet; sed tepidis et negligentibus. (Serm. CCXVII. de Temp.)

Cuán culpable es la tibieza, y cuán difícil es salir de tan triste estado.

Causas de la tibieza.

Es preciso salir de la tibieza.

Y cuando el ángel vino á romper las cadenas que sujetaban á Pedro en la cárcel, le dijo: *Levántate pronto: Surge velociter.* (Act. XII. 7).

Remedios para salir de la tibieza.

1.º Nada más eficaz para salir del triste estado de la tibieza, que un ferviente amor de Dios...

2.º La aplicación en obras buenas...

3.º La meditacion frecuente de las postrimerías...

4.º La huida de la pereza espiritual. Vosotros que dormís, levantaos, dice el gran Apóstol, y salid de entre los muertos, y Cristo os iluminará: *Surge, qui dormis, et exurge á mortuis; et illuminabit te Christus.* (Ephes. v. 14).

5.º La palabra de Dios escuchada, meditada y practicada, aparta la tibieza...

6.º Como todos los días ofendemos al Señor, hagamos una penitencia continua...

7.º Tengamos un odio sincero al pecado...

8.º Nuestros enemigos tratan constantemente de nuestra ruina: tratemos constantemente de defendernos...

9.º Trabajemos por nuestra salvacion con temor y estremecimiento...

10. No hemós de desanimarnos nunca ante las numerosas faltas que cometemos; sino que hemós de arrepentirnos y renovar muchas veces el buen propósito...

TRABAJO.

EL Señor dijo á Adán: Por haber escuchado la voz de la mujer y haber comido la fruta que te habia prohibido, la tierra está maldita, y por culpa tuya no sacarás de ella diariamente tu alimento, sino con un trabajo extremo. No producirá para tí más que espinas y malezas, y te alimentarás con la yerba de la tierra. Comerás tu pan con el sudor de tu frente (1).

Necesidad del trabajo para hacer penitencia y preservarse del pecado.

Aun antes de su caída, Adán habia de trabajar; porque dice el Génesis: El Señor Dios cogió al hombre, y le colocó en el pariso terrenal, que le dió para cultivar y guardar: *Tulit Dominus Deus hominem, et posuit eum in paradiso, ut operaretur, et custodiret illum.* (II. 15).

Le era preciso trabajar, no para procurarse alimento con el sudor de su frente, como despues de su pecado, sino para ejercitar su inteligencia y sus fuerzas; de tal manera, que no se cansase, dice S. Crisóstomo, pero que no estuviere tampoco sin hacer nada. (*Homil. in Genes.*)

No sólo los antiguos patriarcas, sino Rómulo y todos los primeros romanos fueron pastores y labradores. Los emperadores, dice Plinio, cultivaban los campos; la tierra se alegraba de ser surcada por el arado de aquellos labradores cubiertos de laureles y de triunfos.

Trabajad como un buen soldado de Jesucristo, dice el apóstol á su discípulo Timoteo: *Labora sicut bonus miles Christi.* (II. II. 3).

Ocupaos siempre en algo, dice S. Jerónimo, para que el demonio os encuentre siempre ocupados, pues el perezoso está lleno de malos deseos: *Facio aliquid operis, ut te semper diabolus inveniat occupatum; in desideris est omni otiosus.* (Epist. ad Rusticum).

No seas amigo del sueño, dicen los proverbios, para que la pobreza no te agobie; abre los ojos, trabaja, y te saciarás de pan: *Noli diligere somnum, ne te egestas opprimat: aperi oculos tuos, et saturare panibus.* (XX. 13).

No hayais de los trabajos penosos, dice el Eclesiástico, ni de los cuidados de la agricultura, que fué creada por el Altísimo: *Non oderis laboriosa opera, et rusticationem creatam ab Altissimo.* (VII. 16).

El Espíritu Santo recomienda el trabajo por cinco razones: La 1.ª porque el trabajo excluye la ociosidad, que es el manantial y el origen de todos los vicios...; 2.ª es que el hombre nace para el trabajo, como el ave para volar, dice Job: *Homo nascitur ad laborem, et avis ad volatum* (v. 7); la 3.ª es que el trabajo da salud, y fortifica el cuerpo y el alma...; la 4.ª porque el trabajo excluye los vicios, hace germinar las virtudes, la inocencia, la paciencia, la fuerza, etc.: por otra parte, con el trabajo se hacen obras heróicas...

(1) *Adæ vero dixit: Quia audisti vocem uxoris tuæ, et comedisti de ligno, ex quo præceperam tibi, ne comederes; maledicta terra in opere tuo: in laboribus comedes ex ea cunctis diebus vitæ tuæ. Spinas et tribulos germinabit tibi, et comedes herbam terree; in sudore vultus tui vesceris pane.* (Gen. III. 17-19).

Ventajas del
trabajo.

El hambre es la mejor preparación para los alimentos; y de la misma manera el trabajo es también una excelente provisión de virtudes y de verdaderos y legítimos placeres.

De todo lo que el hombre busca, dice Cicerón, nada es mejor que la agricultura; nada más agradable, más dulce ni más digno del hombre libre. (*Lib. I de Ofic.*)

Aristóteles decía que para procurarnos la sabiduría son necesarias tres cosas: la naturaleza, la ciencia y el trabajo. (*Ita Plutarch.*)

Caton decía que el hombre se parece al hierro que brilla sirviendo y se enmohece arrinconado. (*Ita Maxim.*)

Como toda arte, dice S. Crisóstomo, se conserva y perfecciona con el tiempo, toda gracia aumenta también con el trabajo, y disminuye con la pereza: *Sicut omne artificium corporea usitatione servatur et augetur; sic et gratia omnis per exercitacionem augetur, et per desidiam minoratur.* (Homil. III. in Matth.)

Hijo mio, dice el Eclesiástico, sé diligente en todas tus acciones, y las enfermedades no te molestarán: *In omnibus operibus tuis esto velox, et omnis infirmitas non occurret tibi.* (XXXI. 27.)

Dios bendice á los hombre laboriosos; son queridos de sus semejantes, y tienen en sí mismos la tranquilidad, la paz y la victoria...

TRADICION.

Es el mundo cristiano hay una verdadera fe, es decir, una fe divina, fundada en la palabra de Dios, contenida en ambos Testamentos. Pero hay también una palabra de Dios no escrita, que se llama tradicion divina y apostólica. Antes de Moisés no había palabra de Dios escrita. Durante más de dos mil años los verdaderos fieles no se conservaron en la verdadera religion sino por las tradiciones. Los mismos apóstoles han predicado el Evangelio ántes de que fuese escrito: y por lo mismo decía S. Pablo á los tesalonicenses: Hermanos míos, guardad las tradiciones que habéis aprendido, ya con nuestros discursos, ya con nuestras cartas. (*II. II. 14.*)

Lo que predicaba de viva voz no tenía menos fuerza y autoridad que lo que escribía; y no se puede negar que hay muchas cosas que han sido reveladas, no están en la Escritura; y hay, sin embargo, obligacion de creerlas. Los cuatro Evangelios, por ejemplo, las catorce Epístolas de S. Pablo, las tres de san Juan y su Apocalipsis han sido inspirados por el Espíritu Santo. Los católicos y los protestantes están acordés en este punto.

Por esto la Iglesia católica, apostólica y romana ha reconocido siempre una palabra de Dios no escrita. Se ve, dice S. Crisóstomo, por el pasaje de san Pablo en la segunda epístola á los tesalonicenses que los apóstoles nos han enseñado muchas cosas que no están en la Escritura, y que tenemos obligacion de creer: *Hinc patet quod non omnia per epistola tradita sunt; et multa alia etiam sine litteris; eadem fide tam ista quam illa digna sunt.* (Orat. IV.)

San Agustin protesta altamente de que no creería en el Evangelio sin la autoridad de la Iglesia: *Ego vero Evangelio non crederem, nisi Ecclesie catholice me commoveret auctoritas.* (Epist. CLVII.)

Los ilustres pontífices de Dios, añade S. Agustin, han guardado fielmente lo que han aprendido, y han entregado á sus hijos lo que han recibido de sus padres: *Illustres antistites Dei, quod invenerunt in Ecclesia, tenuerunt; quod didicerunt, docuerunt; quod a patribus acceperunt, hoc filijs tradiderunt.* (Enchirid.)

Hemos de tener cuidado de guardar en la Iglesia católica lo que ha sido creído en todo lugar, siempre y por todos: *In ipsa catholica Ecclesia magno-pere curandum est, ut id teneamus, quid ubique, quod semper, quod ab omnibus creditum est.*

La tradicion es la que enseña á la Iglesia que se han de bautizar los niños; que no se han de volver á bautizar los herejes cuando regresan á la Iglesia, y que en vez del sábado se ha de celebrar el domingo. El ayuno de la cuaresma es de institucion apostólica, dice S. Jerónimo, (Epist. LIV. ad Mare.)

También dice S. Pablo á Timoteo: En cuanto á tí, concoces mi doctrina, mi vida, mi objeto, mi fe, etc. Y permanece firme en las cosas que has aprendido y que se te han confiado, sabiendo de quién las has aprendido: *Tu autem asse-*

cutus es meam doctrinam, institutionem, propositum, fidem, etc. Tu vero permane in iis que didicisti, et credita sunt tibi, sciens a quo didiceris. (II. III. 10-14). No habla S. Pablo de la doctrina que se le ha dado por escrito, sino de la que se le ha enseñado y confiado, es decir, de viva voz y por tradicion.

Conformamos, añade el Apóstol, con las sanas palabras que habeis oido de mí en la fe y el amor en Jesucristo. Conservad el buen depósito por el Espíritu Santo que en nosotros habita: *Formam habe sanorum verborum, que a me audisti, in fide et dilectione in Christo Jesu. Bonum depositum custodi per Spiritum Sanctum, qui habitat in vobis.* (II. Tim. I. 13-14).

Y lo que habeis oido de mí delante de varios testigos, recoméndadlo á los hombres fieles, que serán tambien capaces de instruir á los demás: *Et que audisti a me per multos testes, hæc commenda fidelibus hominibus, qui idonei erunt et alios doce.* (II. Tim. II).

Si la religion por tradicion puede alterarse, lo mismo puede suceder con lo escrito. Aun cuando no hubiese Escritura, la verdadera religion subsistiría y se perpetuaría, como ha subsistido durante dos mil años, desde Adán hasta Moisés; y la religion cristiana ha subsistido desde el principio de la misma manera en toda su pureza durante cierto número de años, puesto que el Nuevo Testamento no estaba todavía escrito, ni esta Escritura esparcida por todas partes donde habia fieles.

Véase **Infalibilidad de la Iglesia.**

TRANSFIGURACION.

JESUCRISTO, dice el Evangelio, tomó á Pedro, á Santiago y á su hermano Juan, y los condujo á un lugar apartado, en la cima de una alta montaña. Y quedó transfigurado delante de ellos. Su rostro se volvió resplandeciente como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve. Y hé aquí que Moisés y Elias se les presentaron conversando con él. Pedro se dirigió á Jesús, y le dijo: Señor, bueno es que nos quedemos aquí; si quereis, podemos levantar tiendas. Habla todavía, cuando les cubrió una nube luminosa, de la que salió una voz que decía: Este es mi Hijo predilecto, en quien cito mi complacencia. Escuchadle. Y los discípulos, oyendo aquella voz, cayeron de bruces, y quedaron llenos de un grandísimo terror. Jesús, acercándose entonces, los tocó y les dijo: Levantaos, y no temais. Levantaron ellos la vista, y no vieron más que á Jesús solo. (*Math. XVII. 8.*)

En la transfiguracion hay tres apóstoles, que representan los tres grandes patriarcas y la santísima Trinidad... Pedro representa á los que son ardientes en la fe y en la caridad...; Juan representa á las vírgenes...; Santiago á los afligidos y á los mártires. Aparecen Moisés y Elias en la transfiguracion, para dar testimonio de que la ley y las profecías se cumplan en Jesucristo.

Jesucristo se transfiguró cuatro veces: 1.º En la encarnacion...; 2.º en la cruz, donde no tiene brillo ni hermosura, donde llega á ser desconocido, como dice Isaías: *Non est species ei, neque decor; et non erat aspectus* (LIII. 2); 3.º en la resurreccion...; 4.º en la Eucaristía...

Toda la vida de Jesucristo fué una continua transfiguracion; pues ocultó su majestad y su esplendor bajo los velos de la humanidad...

Hay cinco grandes milagros en la transfiguracion de Jesucristo: El 1.º es la misma transfiguracion de Jesucristo; el 2.º la aparicion de Moisés y de Elias; el 3.º la nube luminosa que cubre á los tres apóstoles; el 4.º la voz del Padre que se hace oír; el 5.º consiste en que pronto los apóstoles no vieron más que á Jesús.

1.º Jesús tomó á sus discípulos. La vocacion, la eleccion viene de Dios...

2.º Elige á discípulos para dichosos testigos de su transfiguracion. Hemos de pertenecer á Jesucristo, si queremos que obre maravillas ante nosotros, en nosotros y por nosotros...

3.º Jesucristo lleva á sus apóstoles á un lugar apartado. Hemos de separarnos de la muchedumbre, si queremos ver á Jesucristo...

4.º Los condujo á la cumbre de una montaña. Sólo renunciando á las cosas de la tierra y elevándonos hasta las divinas, veremos la transfiguracion de Jesucristo y seremos nosotros tambien transfigurados en Jesucristo...

5.º San Lucas nos dice que mientras Jesucristo oraba se transfiguró: *Et facta est, dum oraret, species vultus ejus altera; et vestitus ejus albus et reful-*

gens. (IX. 29). Con la oracion seremos, pues, transfigurados, cesaremos de ser carnales, y llegaremos á ser celestiales y divinos...

6.º Apartados en la montaña con Jesucristo, transfigurados en él, veremos á Moisés y á Elias, es decir, que tendremos la inteligencia de la ley y de los profetas, comprenderemos los grandes misterios cumplidos en Jesucristo por la salvacion del mundo...

7.º Pedro queda arrebatado fuera de sí mismo, y se dirige á Jesús: Señor, ¿bien se está aquí! quedémonos; *Domine, bonum est nos hic esse; faciamus tabernacula.* (Math. XVII. 4). La dicha no se encuentra más que en el apartamiento del mundo, en la elevacion del alma y en la compañía de Jesucristo...

8.º Una nube luminosa cubrió á los apóstoles. Sólo con Jesucristo, la nube que ilumina y derrama la lluvia de la gracia nos cobija y descansa sobre nosotros...

9.º Se hace oír una voz: Este es mi Hijo predilecto, en quien he fijado mi complacencia: *Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi bene complacui.* (Math. XVII. 5). Seremos nosotros tambien hijos predilectos de Dios, si nos transfiguramos en Jesucristo...

10. Escuchad á mi Hijo, dijo el Padre: *Ipsam audite.* (Math. XVII. 5). Escuchad á Jesucristo; ahí está la transfiguracion del alma en Dios...

11. Los discípulos cayeron con el rostro contra el suelo, y quedaron llenos de espanto: *Et discipuli ceciderunt in faciem suam, et timerunt valde.* (Math. XVII. 6). Al hombre humilde y temeroso de Dios es á quien se descubre el Cielo...

12. Acercándose Jesús, los tocó y les dijo: Levantaos, y no temais. *Et accessit Jesus, et tetigit eos; dixitque eis: Surgite, et nolite timere.* (Math. XVII. 7). Jesús se acerca á los pequeños y á los humildes, á los que temen al Señor; toca su corazon, les habla y les levanta, haciéndoles salir de las vis del pecado...

13. Entonces levantando la vista los apóstoles no vieron más que á Jesús: *Levantes autem oculos suos, neminem viderunt nisi solum Jesum.* (Math. XVII. 8). Los que tienen los ojos de su alma y de su corazon levantados al Cielo, no ven más que á Jesús solo; todo lo demás no es nada para ellos. Este es el mérito, esta es la dicha, la paz, la salvacion, la corona de la inmortalidad, la gloria eterna...

TRINIDAD.

Los Cielos, dice el Real Profeta, han sido creados por la palabra del Señor, y su poder viene del aliento de su boca: *Verbo Domini Cæli firmati sunt et spiritu oris ejus, omnis virtus eorum.* (XXXII. 6). El Señor que crea, es el Padre; la palabra que emplea para crear, es el Hijo, el Verbo; y el soplo de su boca es el Espíritu Santo.

Trinidad en Dios.

Id, dijo Jesucristo á sus apóstoles, y enseñad á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: *Euntes docete omnes gentes, baptizantes eos in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.* (Math. XXVIII. 19).

Despues de haber sido Jesús bautizado, salió al punto del rio, y se le abrieron los cielos y vió que el Espíritu de Dios bajaba como una paloma, y se posaba sobre él. Y una voz del Cielo dijo: Este es mi Hijo predilecto, en quien he cifrado todas mis complacencias (1).

Y yo, dice Jesucristo, oraré al Padre, y os dará otro Paráclito, el Espíritu de verdad, que permanecerá siempre en vosotros: *Et ego rogabo Patrem, et alium Paraclitum dabit vobis, ut maneat vobiscum in æternum, Spiritum veritatis.* (Joann. XIV. 16-17).

Hay tres que dan testimonio en el Cielo, dice el apóstol S. Juan, el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son una misma cosa: *Tres sunt qui testimonium dant in Cælo: Pater, Verbum, et Spiritus Sanctus; et hi tres unum sunt.* (I. v. 7).

Isaias oró que los serafines decian en alta voz: Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos: *Clamantes alter ad alterum: Sanctus, Sanctus, Sanctus, Dominus Deus exercituum.* (VI. 3). Los serafines repiten tres veces la palabra Santo para manifestar la trinidad de personas.

Se encuentran en el antiguo y en el nuevo testamento varios pasajes que prueban la Trinidad de Dios.

MI Padre y yo somos una misma cosa, dijo Jesucristo: *Ego et Pater unum sumus.* (Joann. X. 30).

Unidad en la Trinidad.

Y el versículo de S. Juan, citado más arriba, prueba evidentemente la unidad en la trinidad; puesto que despues de haber dicho: Hay tres que dan testimonio en el Cielo, el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo, añade el Apóstol: Y estos tres son una misma cosa: *Et hi tres unum sunt.* (I. III. 7).

Hay en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, dice S. Agustin, una eterna é incommutable unidad, un solo Dios, una sola luz y un solo principio: *In Pa-*

(1) Baptizatus Jesus, confestim ascendit de aqua; et ecce aperti sunt ei Cæli, et vidit Spiritum Dei descendentem sicut columbam, et venientem super se. Et ecce vox de Cælis, dicens: Hic est Filius meus dilectus, in quo mihi complacui. (Math. III. 16-17).

ter, et Filio, et Spiritu Sancto aeterna et incommutabilis unitas manet: unus Deus, unum lumen, et unum principium. (Lib. I. de Doctrina christiana, c. V.)

No encuentro fácilmente, añade aquel gran Doctor, un nombre que convenga á una excelencia tan grande; ved lo que mejor puede desírse: Esta Trinidad es un solo Dios, de quien, por quien y en quien son todas las cosas, y estas tres personas no tienen más que una misma sustancia. Sin embargo, el uno no es el otro. Hay el mismo poder en los tres, la misma eternidad, la misma inmutabilidad, la misma majestad: unidad en el Padre, igualdad en el Hijo, y concierto de unidad é igualdad en el Espíritu Santo. Y estas tres personas son una misma cosa á causa del Padre, iguales en todo á causa del Hijo, y unidad entre sí á causa del Espíritu Santo (1).

Gloria al Padre, dice S. Bernardo, de quien son todas las cosas; gloria al Hijo, por quien son todas las cosas; gloria al Espíritu Santo en quien son todas las cosas: *Gloria Patri, ex quo omnia; gloria Filio, per quem omnia; gloria Spiritui Sancto, in quo omnia.* (Serm. in Cant.)

Hay tres personas en Dios, dice Tertuliano, no por estado, sino por graduacion de principio; no por la naturaleza, sino por la oposicion relativa; no por el poder, sino por la distincion que tienen entre sí, y así tienen todas un mismo estado, una misma naturaleza, un mismo poder, porque son un solo Dios, de quien en nombre de padre de hijo y de Espíritu Santo proceden no sólo esta graduacion si que tambien esta oposicion relativa y esta distincion entre sí (2).

Algunos filósofos gentiles como por ejemplo Athenágoras y Trismegisto, aunque parece tuvieron algun conocimiento del misterio de la Santísima Trinidad, sin embargo no lo conocieron en realidad y por las propiedades de cada persona, que son paternidad, filiacion y procesion, sino que conocieron solamente algunos atributos esenciales que los católicos atribuímos respectivamente á cada una de las tres divinas personas, pues nunca ha podido ni podrá el hombre por la sola razon natural llegar al conocimiento de tan inefable misterio.

No hemos de confundir las tres personas divinas como lo hizo Sabelio; pues realmente son distintas las unas de las otras, y forman tres hipótesis y sustancias reales. Hemos de adorar con arreglo al canto de la Iglesia, en el prefacio de la fiesta de la Trinidad, la propiedad en las personas, la unidad en la esencia, y la igualdad en la majestad: *Ut et in personis proprietas et in essentia unitas et in maiestate adoretur equalitas.*

El Padre, dice S. Agustín, está enteramente en el Hijo y en el Espíritu

(1) Nec facile invenio nomen, quod tantæ excellentiæ conveniat, nisi quod melius ita dicitur: Trinitas hæc, unus Deus ex quo, per quem, in quo omnia, eorundem una substantia. Unus tamen non est alter: eadem tribus potestas, eadem aternitas, eadem incommutabilitas, eadem maiestas; in Patre unitas, in Filio equalitas, in Spiritu Sancto unitatis equalitatisque concordia. El tria hæc, unum omnia propter Patrem, equalitas omnia propter Filium, connexa omnia propter Spiritum Sanctum. (Lib. I. de Doctrina christiana, c. V.)

(2) Tres sunt, non statim, sed gradatim; nec substantia, sed forma; nec potestate, sed specie: unus autem status, unius substantiæ, unius potestatis, quia unus Deus ex quo et gradus isti, et forma et species, in nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, deputantur. (In Apolog.)

Santo; el Hijo está enteramente en el Padre y en el Espíritu Santo; y el Espíritu Santo está enteramente en el Padre y en el Hijo (1).

¡Oa Trinidad santa! exclama S. Agustín en sus Soliloquios (XXXI), sola os conceis perfectamente, Trinidad augusta, infinitamente superior á todo lo que es admirable, indecible, inaccesible, incomprendible; ininteligible, esencial, aventajando esencialmente á toda inteligencia, á toda razon, á todo espíritu y á toda esencia de los ángeles; Trinidad que nadie es capaz de explicar, comprender, pensar y conocer, ni siquiera con la vista de los ángeles (2).

Escuchad á Santo Tomás: Aunque las obras de la Santísima Trinidad, así como su naturaleza, su poder, su espíritu y su voluntad sean indivisibles; sin embargo, á causa de la afinidad que conviene á la propiedad de cada persona, se atribuye con razon la omnipotencia al Padre la omniencia al Hijo, porque es el Verbo y la idea del Padre, la supremá é inmensa bondad al Espíritu Santo, porque es el amor conocido del Padre y del Hijo (3).

La eternidad se atribuye al Padre, la verdad al Hijo, y la caridad al Espíritu Santo.

Al Padre la providencia, al Hijo la sabiduría, al Espíritu Santo el órden y la union.

Al Padre la creacion, al Hijo el gobierno, y al Espíritu Santo la conservacion.

Al Padre la predestinacion, al Hijo la redencion, y al Espíritu Santo la santificacion.

Al Padre la vocacion, al Hijo la justificacion, y al Espíritu Santo la glorificacion.

Al Padre la purificacion, al Hijo la iluminacion, y al Espíritu Santo la perfeccion.

Al Padre el pasado, al Hijo el presente, y al Espíritu Santo el porvenir.

Al Padre el principio, al Hijo el medio, y al Espíritu Santo el fin...

La Santísima Trinidad es la eternidad, á la que todos los tiempos están presentes y coexistentes: por consiguiente el pasado no es para ella pasado, sino presente; el porvenir no es porvenir para ella, sino presente...

El Padre y el Hijo, inflamados ambos por el mismo amor, producen un torrente de llamas, un amor personal y subsistente, que la Escritura llama el Espíritu Santo, amor que es comun al Padre y al Hijo, porque procede del Padre y del Hijo.

(1) Totus Pater in Filio et Spiritu Sancto est; totus Filius in Patre et Spiritu Sancto est; totus quoque Spiritus Sanctus in Patre est et Filio. (Lib. I. de Doctrina christiana, c. V.)

(2) Soli tibi, o Trinitas, integre nota es; Trinitas sancta, Trinitas supermirabilis, et superincomprehensibilis, et superinaccessibilis, superincomprehensibilis, superintelligibilis, supersensitativa, supersensitativa exsuperans omnem sensum, omnem rationem, omnem intellectum, omnem substantiam supercoelestium animarum; quam, neque dicere, neque cogitare neque intelligere, neque cognoscere possibile est, etiam oculis angelorum.

(3) Licet SS. Trinitatis, opera, æque ac natura, potentia, mens et voluntas sint indivisa; tamen ob differentem proprietatem personarum conjunctæ, congruentem, recte Patri attribuitur omnipotentia, Filio omniencia, quia ipse est Verbum et idea Patris; Spiritui Sancto summa et immensa bonitas, quia ipse est notionalis amor Patris et Filii. (2. p. 4. art. 8.)

San Bernardo dice que el Espíritu Santo es el beso de la boca de Dios, un río de alegría, un río de vino puro, un río de fuego celestial, un lazo que viene de dos, que une á los dos, lazo vital y viviente (*Serm. VIII. in Cant.*)

San Agustín dice que el Espíritu Santo es el lazo común del Padre y del Hijo. (*Enchirid. c. LVI.*)

San Basilio llama al Espíritu Santo el santo complemento de la Trinidad. (*Lib. V de Spiritu, c. XXVIII.*)

El Hijo de Dios, dice el apóstol, es el resplandor de la gloria y el vivo retrato de la substancia del Padre. (*Hebr. I. 3.*)

El Hijo es un espejo sin mancha de la majestad del Padre, y la imágen de su bondad, dice la sabiduría. (*VII. 26.*)

Si el Hijo es engendrado, ¿por qué no lo es el Espíritu Santo? No busquemos las razones de esta incomprendible diferencia, diremos con Bossuet. Añadamos solamente: Si hubiese varios hijos, varias generaciones, el Hijo sería imperfecto, y la generación lo sería también. Todo lo que es infinito, todo lo que es perfecto, es único: y el Hijo de Dios es único, porque es perfecto.

El Padre engendra eternamente al Verbo, su hijo, contemplándose á sí mismo. Con el Padre y el Hijo conocemos también el Espíritu Santo, el amor de ambos y su unión eterna. Dios se conoce, se ama, hé aquí al Hijo y al Espíritu Santo. El Hijo es engendrado por la inteligencia, y el Espíritu Santo procede del amor...

Notad, dice S. Bernardo, que de la misma manera que en Dios hay trinidad en las personas y unidad en la naturaleza, así en la unión de la humanidad con la Divinidad por la encarnación, hay trinidad de substancia y unidad en la persona. Porque el Verbo, el alma y la carne, se han unido en una misma persona, y esas tres cosas no forman más que una, y esta cosa forma tres, no por la confusión de substancia, sin por la unidad de persona. (*Serm. in Cant.*)

Tenemos en nosotros mismos la imágen de la Trinidad.

Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza, dijo la Santísima Trinidad. *Faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram.* (Gen. I. 26).

El alma, dice el cardenal Belarmino, en cuanto á su esencia, es la imágen de Dios, y también, aunque de una manera más oscura, en cuanto á la trinidad de las personas; porque en el alma hay inteligencia, como el Padre; hay conocimiento producido, como el Verbo del Padre; el amor producido por el conocimiento, como el Espíritu Santo. Hay también en el alma, además de la inteligencia, la memoria y la voluntad, que son la representación de las tres personas divinas. (*In Psal.*)

En todas partes se encuentra la imágen de la Santísima Trinidad.

La imágen de la Trinidad se halla en el mismo sol; porque, así como el sol derrama sus rayos, y los rayos el calor, de la misma manera el Padre produce al Hijo, y el Hijo con el Padre producen al Espíritu Santo. En el sol hay pues la materia, la luz y el calor; lo que no constituye más que un sol.

La misma imágen hallamos en el árbol; produce la rama por medio de la raíz, y la rama con la raíz producen el fruto...

En todo hallamos la trinidad. El número tres es propio para desvanecer todas las dificultades, pues contiene en sí el principio, el medio y el fin. Estas tres cosas lo son todo... Hay tres cosas en el culto de Dios: la adoración, el

incienso y el himno... Hay tres virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad... Hay tres partes en la penitencia: la contrición, la confesión y la satisfacción... Hay principalmente tres buenas obras: la oración, el ayuno y la limosna... La Aritmética enseña que se halla el número tres en cada operación... Hay tres cosas en todo objeto material: la longitud, la latitud y la profundidad...

La castidad es triple: la castidad virginal, la de la viudedad, y la castidad conyugal...

Hay tres cosas en todo: la esencia, la virtud y la operación; ó el sér, la figura y el órden... En las composiciones hay materia, forma y unión...

Hay tres operaciones vegetales: la nutrición, el desarrollo y la generación... Hay tres reinos: animal, vegetal y mineral...

El bien es triple: hay lo útil, lo agradable y lo honroso...

Hay tres órdenes de las cosas: el órden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria...

Hay tres causas en el arte: la causa eficiente, la causa formal y la causa final...

La ley es triple: la ley natural, la de Moisés y la de Jesucristo...

Hay tres cosas en el tiempo: el pasado, el presente y el porvenir...

Finalmente, Dios ha creado y dispuesto todas las cosas de tres maneras: con número, peso y medida. (*Sap. XI. 21.*)

Así es como la Santísima Trinidad ha puesto su semejanza en todas las cosas, para que cada cosa la reconozca á su modo y le rinda homenaje.

Todas las criaturas dependen de la Santísima Trinidad, como los rayos dependen del sol; porque el Padre es de quien procede toda paternidad, ya en el Cielo, ya en la tierra...; del Hijo procede toda filiación y generación...; del Espíritu Santo procede todo amor, toda gracia, toda liberalidad y todo don...

Dependemos enteramente de la Santísima Trinidad.

Dios Trinidad, dice S. Agustín, Padre, Hijo y Espíritu Santo, viene á nosotros cuando vamos á él; viene socorriéndonos, y vamos á él obedeciéndole; viene iluminando, y vamos á él mirándole, viendo en todo su voluntad; viene llenándonos de bienes, y vamos á él recibiendo de su mano estos mismos bienes. (*Tract. LXXVI. in Joann.*)

TRISTEZA.

Tristeza tiene su origen en la pereza, en el reposo, el abatimiento de alma y la concupiscencia; procede de los grandes cuidados, de las angustias, que abundan principalmente entre los que están unidos á los bienes de la tierra.

La tristeza se apodera fácilmente de un corazón débil, blandiendo ó pusilánimemente... Todas las pasiones producen tristeza...

La tristeza habita en un corazón depravado, dice el Eclesiástico: *Cor pravum dabit tristitiam.* (XXXVI. 22).

Daño que hace la tristeza.

La tristeza es para el corazón lo que la polilla para el vestido, y el gusano para la madera, dicen los Proverbios: *Sicut tinea vestimento, et vermis ligno, ita tristitia viri nocet cordi.* (XXV. 20).

No hemos de llamar feliz al que tiene muchas riquezas, sino al que vence la tristeza. La tristeza es hermana de la locura. ¿Por qué la tristeza, lejos de ser un remedio para dulcificar los males, los irrita y los aumenta? Es un veneno, dice Apolodoro. (In *Paralog.*)

Esenchad á S. Gregorio: De la tristeza, dice, nacen la malicia, el desaliento, la desesperación, la torpeza para la observancia de los preceptos y la divagación del alma en todas las cosas malas. La tristeza es un especie de abismo, en el cual, si llegamos á caer, desaparecemos sin esperanza de salir. (Lib. XXXI. *Moral.*, c. XVII).

Con razón dice el Eclesiástico que más vale la muerte que una vida triste: *Melior est mors, quam vita amara.* (XXX. 17).

La tristeza, dice S. Crisóstomo, es más perniciosa que todas las emboscadas del demonio; porque aquellos á quienes el demonio domina, son dominados por la tristeza. Si venceis la tristeza, nada puede ya contra vosotros: *Nam, quos demon superat, per mareorem superat. Quod si mareorem sustuleris, nihil omnino mali et incommodi tibi ab eo continget.* (Lib. III. de Providentia).

La oración del hombre triste no tiene la virtud de subir hasta el altar del Señor. Esta es la explicación de las palabras de Aaron: ¿Cómo podré agradar al Señor en las ceremonias, teniendo el alma sumergida en la tristeza? *Quomodo potui placere Domino in caeremoniis mente lugubri?*

La tristeza, dice S. Gregorio Nazianceno, abrevia los días y trae una pronta vejez: *Mareorem pravocem senectutem mortalibus pariunt.* (In *Distich.*)

En resumen, la tristeza es causa de tres grandes males: 1.º Lleva prontamente á la muerte; 2.º quita las fuerzas del alma, y por consiguiente las virtudes; 3.º no deja hacer más que el mal...

1.º Hacer por tener una buena conciencia... El que practica la virtud, dice Remedios contra la tristeza. S. Ambrosio, está tranquilo, contento y estable. Dios le reserva el don precioso de la paz y de la alegría. Los corazones virtuosos no se commueven por las cosas de la tierra; ni se inquietan por el temor, ni se fatigan por la tristeza, ni son atormentados por el dolor: están como en un puerto seguro; ven las tempestades, los vientos desenfadados; y su alma está inmóvil y en el regocijo. (Lib. de *Offic.*, c. V).

2.º ¿No queréis estar jamás tristes? dice S. Bernardo. Vivid bien; de esta manera estareis siempre en alegría: *Vix nunquam esse tristis? Bene vive: bona vita semper gaudium habet.* (De *Inter. Domo*, c. XLV).

3.º ¿Por qué, ó alma mía, estás triste? ¿por qué me turbas? dice el Real Profeta. Y al momento dice á su alma que espere, porque este es el remedio de curar su tristeza: *Quare tristis es, anima mea, et quare conturbas me? Spera in Deo.* (XLI. 6-7).

4.º El apóstol Santiago nos dice que la oración ahuyenta la tristeza: ¿Está triste alguno de vosotros? dice: Que ore; *Tristatur aliquis vestrum? Oret....* (v. 13).

5.º La fuerza del corazón, la sumisión á la voluntad de Dios, destruye la tristeza...

6.º El pensamiento del Cielo, dice S. Gregorio, hace desaparecer la tristeza. *Tedium cordis depellitur, si semper bona caelestia cogitentur.* (Lib. V in I. *Reg.*, c. XIV). Entonces el alma dice con el Salmista: Me he alegrado en esta palabra que se me ha dicho: Irems á la casa del Señor: *Lectatus sum in his quae dicta sunt mihi: In domum Domini ibimus.* (CXXI. 4).

7.º El desprecio de las cosas de la tierra.

8.º La tristeza no alcanza al que piensa muchas veces en la muerte del tiempo en la eternidad. Este pensamiento estimula al hombre para hacer una buena muerte y evitar la condenación...

9.º Hemos de alegrarnos en el Señor...

10. Hemos de evitar el pecado...

11. Hemos de amar el trabajo, ocupándonos siempre principalmente en cosas útiles á la salvación...

12. Hemos de despreciar la tristeza...

(Véase *Desesperación, Alegrías cristianas, Escrupulo.*)

ÚNICA COSA NECESARIA.

SÓLO una cosa es necesaria, dijo Jesucristo: *Unum est necessarium.* (Luc. X. 42). Sólo una cosa es necesaria. Un sólo Dios...; una sola fe...; un solo bautismo... Una sola cosa es necesaria: la salvación... Una sola cosa es necesaria: el conocimiento de un solo Dios...; agradar á Dios...; el fin del hombre...

Vivir de Dios y para Dios, como lo han hecho los Santos...

Una sola cosa es necesaria: el Cielo. He pedido una gracia al Señor, y se la pediré todavía, dice el Real Profeta, el habitar en la casa del Señor todos los días de mi vida: *Unam petii a Domino, hanc requiram, ut inhabitem in domo Domini omnibus diebus vite mee.* (XXVI. 7).

Una sola cosa es necesaria, como indica S. Pablo: olvidando lo que está detrás de mí, dice, y llevándome á lo que está delante de mí, me dirijo á mi fin, á la recompensa á que Dios me ha llamado en Jesucristo (1).

Una sola cosa es necesaria: La vida eterna consiste en que os conozcan á vos sólo verdadero Dios, y á Jesucristo, á quien habeis enviado, dijo el Salvador á su Padre: *Hec est vita eterna, ut cognoscant te solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum.* (Joann. XVII. 3).

San Egidio decía: *Una uni*: una para uno; es decir, el alma sola para Dios solo. (*In ejus vita*).

(Véase **Salvacion**).

(1) *Unum autem, quæ quidem retro sunt, obliviscens; ad ea vero que sunt priora extendens mentem, ad destinatum persequor, ad bravium supernæ vocacionis Dei in Christo Jesu.* (Philipp. III. 13-14).

UNIDAD.

EL rebaño no tiene más que un pastor... Las abejas no tienen más que una reina... El buque no tiene más que un piloto que lo rijan... No hay más que un solo general en jefe para un ejército... No hay más que una cabeza para un cuerpo...; un sol en el mundo...; una sola Iglesia verdadera...; un solo jefe en la Iglesia...; un solo Dios...; una sola fe...; un solo bautismo...

Necesidad de la unidad.

En Dios hay tres personas, pero tres personas en un sólo Dios... Hay en el alma tres facultades, pero el alma es única...

El Padre y yo somos uno, dijo Jesucristo: *Ego et Pater unum sumus.* (Joann. X. 30).

En el Cielo, dice S. Gregorio, hay la misma bienaventuranza de alegría, aunque los unos sean más elevados que los otros: *Una cunctis erit beatitudo lætitiæ, quamvis non una sit omnium sublimitas vite.* (Homil. in Evang.)

Jesucristo es el centro de la unidad. En él se une la antigua y la nueva ley, y la ley y los profetas, el Cielo y la tierra, Dios y el hombre...

La cátedra de Pedro es el centro de la unidad católica... La primacía fué concedida á Pedro por Jesucristo, dice S. Cipriano, para que no hubiese más que una Iglesia y una cátedra: *Primatus Petro datur, ut una Christi Ecclesia, et cathedra una monstraretur.* (Tract. de Unit. Eccles.)

Entre los doce apóstoles uno sólo es elegido, dice S. Jerónimo, para que quedase establecido un solo jefe, para que quedase apartada toda ocasion de cisma: *Inter duodecim unus eligitur, ut capite constituto, schinatis tollatur occasio.* (Lib. I. contra Jovin.)

Dios es uno, y Jesucristo uno, y la Iglesia una; y no hay más que una cátedra, la de Pedro, establecida en la palabra del Señor, dice S. Cipriano. Ningun altar, ningun sacerdocio puede establecerse en otra parte. Cualquiera que pretenda reunir fuera de ahí, disipa (1).

San Pablo predica la unidad: Tened cuidado de conservar la unidad de espíritu en el lazo de la paz, escribe á los de Efeso: *Solliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis.* (IV. 3).

Sed un solo cuerpo y un solo espíritu, continúa el Apóstol, como habeis sido llamados en una sola esperanza de vuestra vocacion. Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Un solo Dios, y Padre de todos, que es superior á todo, y por todas partes, y en nosotros todos (2).

(1) *Dens unus est, et Christus unus, et una Ecclesia, et cathedra una super Petrum Domini voce fundata. Aliud altare constitui, aut sacerdotium novum fieri, præter unum altare, et unum sacerdotium non potest. Quisquis alibi collegerit, spargit.* (Lib. I. Epist. VII. ad Plebem).

(2) *Unum corpus, et unus spiritus, sicut vocati estis in una spe vocacionis vestre. Unus Dominus, una fides, unum baptisma. Unus Deus et Pater omnium, qui est super omnes, et per omnia, et in omnibus nobis.* (Ephes. IV. 4-6).